



# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.<sup>a</sup> ANGELA GRASSI.

**SUMARIO.** *Revista de Madrid*, por Rosalba.—*El Génio*, por D.<sup>a</sup> Robustiana Armiño.—*La Mendiga* (poesía), por D. Juan de la Puerta Vizcaino.—*Los Dos Hermanos* (conclusion), por D.<sup>a</sup> Faustina Saez de Melgar.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 865.—*Plantilla de corte de vestidos*.

## REVISTA DE MADRID.



UANDO lleguen, lector amigo, estas líneas á tus manos, las ferias de la heroica Villa del oso y del madroño habrán pasado al olvido.

Las vetusteces que ayer nos servian de solaz y contentamiento ya no existen en el un tiempo favorecido paseo de Atocha, donde las ha relegado nuestras costumbres modernas; quizás para que no ofendan con su vista nuestra aversion á lo que fué. La sociedad actual, mas sabia que la pasada, no le gusta ver nada al descubierto, teme el escándalo que siempre promueve la fria y durísima realidad, y en su afan de cubrir y trasformarlo todo, ha tomado en su mano el martillo demoleedor, y apenas si dentro de algunos años, tal furor nos ha acometido por lo nuevo, quedará cosa alguna que no hayamos restaurado. *Sic transit gloria mundi*.

Y si lo hiciéramos bien y cuerdamente al menos, podia pasar en gracia de la intencion; pero ¿quién para hoy mientes, cuando se trata de derrumbar una cosa que nuestros padres esperaban como un acontecimiento mayúsculo, y que hoy apenas da pié ni mano para un pretesto tan fútil como el de una gacetilla?

Francamente, esto es lo que mas nos duele, porque, á decir verdad, el que las ferias hayan traspasado sus huesos de las plazuelas á la ronda, nos tiene sin cuidado, y en vano estamos rebuscando una lágrima perdida á fin de derramarla á su memoria.—Bien hizo el que tan poco respetó sus encantos hasta el punto de quitar el sueño á mas de una remozada quintañona que iba á pasear sus marchitas gracias desde la Plaza Mayor á la calle de Alcalá, suspirando por el buen tiempo pasado, que como dice Tasso: *¡Tornar non pote oh mai!*

Dichosos de vosotros, tiempos aquellos, en los que aun

nuestros padres respetabán como un sagrado los recuerdos y tradiciones de sus progenitores! ¡Mil y mil veces dichosos vosotros, que mirabais sin rubor en vuestra frente el cariño que se tenia á lo pasado! Al fin en vosotros habia alguna cosa veneranda que guardar, tradiciones que proseguir, enseñanzas que inculcar, recomendaciones que hacer á los que entraban en el camino de la vida, con la inespereincia de la edad.

Verdad es que vuestra época, mas modesta y menos sabia, no habia alcanzado la nuestra filosófica y grandiosa, que nosotros hemos bautizado con el humilde título de: *Siglo de las luces*.

¿Cómo quereis, pues, que nosotros, imbuidos en tanta ciencia como sabemos y derrochamos á cada paso, respetemos lo vuestro tan liviano y deleznable? ¿Qué quereis que hagamos de vuestra ignorancia, nosotros que hemos encauzado la vida por senderos mas espléndidos y profundos, y descubierto mas verdades desconocidas que soñaron la fantasía de vuestros poetas? ¡Quédense en buen hora para aquellos tiempos vuestros consejos, el respeto que desde la cuna infundiais á vuestros hijos, á fin de que al respetaros á vosotros respetáran por ende las glorias de sus mayores, que tambien eran las suyas! Hoy nuestra filosofía todo lo ha cambiado, y si bien es cierto que no procuramos que nuestros descendientes veneren nada, al darles nosotros el ejemplo de no respetar ni lo digno ni lo grande pasado, no porque sea malo, sino porque no es de nuestra época, en cambio les dejaremos repletos de ciencia y de instruccion, de adelantamientos y de arte, de mucho arte, quizás mucho mas del que necesitan para ser felices. ¿Quién con estos fundamentos se atreverá á maltratarnos? ¿Quién no se humillará en el polvo y mesará sus cabellos de desesperacion y espanto ante nuestra gloria, que nosotros proclamamos?

mos á cada paso, á fin de que llegue á noticia de las mas atrasadas generaciones?

Mientras llegan esos tiempos felices venideros, que no dudamos nos harán justicia completa, empezando por nuestros mismos hijos, bueno será que pensemos en lo que nos rodea, siquiera sea menos sublime y digno de encomio.

El otoño ha cambiado por completo la faz de nuestras diversiones estivales.

El Teatro de Verano, vulgo Circo de Paul, que habia representado el papel mas recalcitrante, ha cerrado sus puertas por último.

Los Campos Elíseos y los conciertos dirigidos por el maestro Barbieri pertenecen á la historia del olvido, en la que esperarán hasta el año próximo al nuevo Merlin, que con su soplo les dé vida, y con ella el movimiento que el frio, que ha empezado á infiltrarse por las noches, les ha quitado.

Todos los que el calor habia arrojado fuera de este centro de las Españas, vuelven á él, como las blancas gaviotas se acojen á la orilla al primer amago de la tempestad.

La única tabla de salvacion para matar el tiempo por las noches, son los coliseos de Jovellanos y de la Plaza del Rey.

En el primero se ha presentado en escena la comedia del maestro Tirso de Molina *No hay peor sordo...* refundida por el Sr. Eguilaz.

La apertura de este teatro, como pensarán muy bien nuestros lectores, no ha podido ser mas acertada. Nuestro teatro antiguo es un joyel de gran precio, y debe presentarse todos los años, aunque no sea mas que una de sus perlas, á la admiracion de nuestro público, hastiado de tanto oropel como se le dá á cada paso. El fraile de la Merced es de todos los poetas dramáticos de nuestra edad de oro, uno de los que mas gracejo y encanto encierra, y

el menos distante de nuestras costumbres presentes.

La ejecucion que mereció la obra del gran Tirso fué excelente.

Á esta ha seguido la comedia *Muérete y verás*, de don Manuel Breton de los Herreros, no representada por mas tiempo del que debiera.

¿Quién que sea español y haya pisado una vez siquiera un teatro nacional, desconoce al Sr. Breton de los Herreros? Entusiasmada la concurrencia en la noche del que hoy puede decirse con razon estreno, llamó al autor al palco escénico. Este no se hallaba en el teatro. Sin embargo, la ausencia del descendiente de nuestro arte grandioso no impidió saborear á la escogida concurrencia aquella difícil facilidad que se encuentra en sus versos, aquel diálogo castizo y chispeante de gracejo y donosura, aquellas situaciones cómicas en alto grado que abundan á cada paso, tan naturales y espontáneas, tan llenas de aticismo y de enseñanza, que harán de esta produccion del autor de *Marcela* una obra digna en todos conceptos del aprecio en que se la tiene.

Finalmente, el martes, para la presentacion de la señora Romeral, se puso en escena el drama en tres actos del Sr. Eguilaz, titulado *La Vaquera de la Finojosa*. La señora Romeral nos pareció en esta obra tener excelentes condiciones para el género á que se dedica, máxime cuando mas desembarazada por el miedo que siente todo artista que se presenta por vez primera ante un público nuevo, se muestre con todos sus recursos.

Para concluir, añadiremos, que en el teatro de la Plaza del Rey, despues de *Los órganos de Móstoles*, se han puesto en escena *El joven Telémaco* y *Los Dioses del Olimpo*, con lo que dicho se está si la concurrencia habrá reído.

ROSALBA.

## INSTRUCCION.

### EL GÉNIOS.

El talento, lectores míos, no es patrimonio de ninguna clase, y lejos de caminar á la par de la riqueza, su celeste aureola ilumina con frecuencia frentes azotadas, encanecidas en la lucha de la inteligencia contra el idiotismo.

Génios hay que tienen *ab initio* conciencia de lo que son y de lo que valen, y luchan sin descanso hasta ocupar el lugar que les corresponde en la sociedad, que los rechaza sin comprenderlos.

Otros por el contrario, almas buenas, sencillas é ignorantes de su propio mérito, pasan desapercibidos, hasta que los lazos de la inteligencia hallan la perla escondida en su grosera concha, y la sacan á luz, haciéndola con frecuencia pasar desde el solitario fondo de los mares á la deslumbrante diadema de los Reyes.

Voy, pues, á presentaros un ejemplo de esos génios ocultos entre las tinieblas del olvido, y que deben su esplendor á una circunstancia de las mas triviales de la vida.

Hace muy pocos años que los madrugadores encontraban todas las mañanas por la Carrera de San Gerónimo á un pobre y desharrapado granuja, como de doce á trece años, que llevando en su mano derecha un hornillo-cafetera, y en la otra una cestilla de mimbres llena de vasos de vidrio verdoso, y no muy limpios, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—Café... Café...

Y cada vez que un soldado, un aguador ó algun muchachuelo de los que se paran desde el amanecer en las esquinas de las Cuatro Calles (1), le detenía en su camino y

(1) Nombre que se da en Madrid á la confluencia.

le alargaba cuatro maravedises en cambio de una taza de aquella refrigerante mercancía, el rostro del granuja brillaba con una vivísima expresión de contento, y sus encendidos labios se entreabrían con una sonrisa de felicidad que no se avenía muy bien con sus pies descalzos y callosos, ni con los miserables harapos que dejaban casi desnuda su morena espalda, caldeada ya por el sol, y curtida por la intemperie.

El vendedor de café vendía y gritaba á mas y mejor, hasta que los comerciantes de la Carrera abrían sus comercios; pero desde aquella hora, todas sus facultades se reconcentraban en uno de los escaparates de un magnífico almacén, que parecía tener el poder de magnetizarle, hasta el punto de olvidarse casi por completo de lo que constituía en este mundo su humilde modo de sér.

Los diamantes, las pedrerías, las deslumbradoras maravillas de la bisutería, todo pasaba desapercibido á sus ojos, que permanecían fijos hora tras hora en los cristales de aquel escaparate que ostentaba figuras de mármol ó de bronce, brillando entonces en sus pupilas un rayo incandescente, puro, celeste, como los que iluminan las flamígeras alas de los querubines que circundan el trono de Dios.

Y todas las mañanas el vendedor de café venía infaliblemente á fijarse ante las esculturas, devorando con sus miradas una hermosísima estatua de Guttemberg, cuya vista parecía sumirle en una especie de dulce catalepsia.

A las mismas horas que nuestro héroe paseaba la Carrera de San Gerónimo, cruzábala también diariamente un caballero como de cuarenta años, que había contraído la costumbre de recorrer diez ó doce veces en su paseo matinal el espacio que media entre la Puerta del Sol y el Salón del Prado.

Aquel hombre, cuyas facciones expresaban un carácter dulce y caritativo, reparó un día y otro en la atención con que el vendedor ambulante contemplaba las esculturas, y punzado por una curiosidad irresistible, se decidió á inquirir la causa de aquella especie de cita.

—Amigo mio, le dijo familiarmente, apoyándole una mano sobre la espalda; mucho deben agradarte esas esculturas... ¿vas á comprar alguna?

—No... señor... no puedo comprarlas, pero las admiro.

—Y de todas esas figuras, ¿cuál es la que mas te agrada?

—Esa pequeña, respondió el niño sin vacilar, señalando la del inventor de la imprenta.

—¡Hola! exclamó sorprendido el curioso: no me parece que tienes muy mal gusto, porque es precisamente de puro mármol... ¿lo sabías ya?

—¿Yo? no señor... ¡pero son tan suaves esos pliegues! Y esa boca que parece que quiere hablarme. ¡Lástima que los brazos sean un poco largos!

El desconocido fijó entonces en el muchacho una mirada profunda, como si quisiese con ella penetrar al través de aquellos harapos que ocultaban á sus ojos un tesoro.

Acababa de comprender que tenía delante un artista.

—Amigo mio, le dijo, alargándole una tarjeta, si quieres ganar dinero, vente mañana á mi casa y te daré que hacer para seis meses... No olvides que te aguardo á las ocho.

Al día siguiente, mucho antes de la hora prefijada, dirigióse el jóven vendedor á la casa que indicaba la tarjeta, casa espléndida y situada en uno de los puntos mas cétricos de la córte.

Después de haber confrontado mas de veinte veces la tarjeta con el número de la casa, aventuróse á tirar del cordón de la campanilla, recibéndole un criado con la mayor urbanidad, y llevándole á través de un vestíbulo guarnecido de macetas y de suaves alfombras, hasta la habitación donde le esperaba su generoso protector.

El gabinete estaba rodeado de magníficas estatuas de los mejores maestros, y su dueño, que no era otro que el que había dado la cita al granujilla, se hallaba tranquilamente reclinado en una cómoda butaca de terciopelo azul, mirando á cada minuto al péndulo de bronce que tenía enfrente.

—Bien, muy bien, exclamó, señalando al aturdido joven-cillo una magnífica butaca; siéntate, hijo mio, y escúchame con atención, porque de lo que voy á decirte depende tu fortuna.

El muchacho se sentó á medias en la butaca por miedo de mancharla, y abrió desmesuradamente los ojos como para oír mejor.

—Soy escultor, añadió el caballero, sin separar la vista del pobre mercader ambulante: el mundo ha colocado sobre mis sienes una corona de oro, y me ha dado lo que niega casi siempre á tantos otros, la fortuna.

Ahora que mi vida será ya muy corta, quiero legar á uno de esos géneos privilegiados que llegan de vez en cuando á nuestro globo, los conocimientos adquiridos con el estudio y la vigilia.

He seguido tus pasos, he gozado viendo tu entusiasmo artístico, y estoy seguro de hacer de tí un grande hombre. ¿Quieres ser escultor, hijo mio? ¿quieres hacer figuritas como esa que tiene los brazos largos?

—¡Oh! si señor, pero ¿quién se tomará el trabajo de enseñar á un muchacho tan pobre?

—¿Y si hubiese alguno que se ofreciese á enseñarte, aceptarías?

—¡Ya lo creo! ¡escultor! ¡escultor! ¡qué rey de la tierra podría entonces igualarse conmigo! pero... añadió ruborizándose y bajando los ojos; mi oficio de vendedor ambulante, después de dos años me da ya bien ó mal para vivir, y mi pobre madre no podría sostenerse mientras aprendiese á tallar las figuritas... no, no, señor... no puedo dedicarme á esa profesion... es preciso que siga vendiendo café!

Y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas... eran acaso las primeras que había derramado en su vida.

—No, hijo mio, repitió enternecido el opulento artista; el arte te reclama, y bendigo al cielo que me ha puesto en posición de sacarte de la oscuridad; yo me encargo de sostenerte á los dos mientras dure tu corto aprendizaje, porque te aplicarás mucho, ¿no es verdad?

—¡Ah, señor! exclamó el niño con un entusiasmo que no podía esperarse de sus pocos años; jamás hombre alguno ha trabajado en el mundo con la fé con que yo me consagro al arte divino que habeis llamado escultura... ¡Yo

trabajaré, yo seré grande! ¡grande y rico! porque trabajando con fé se llega á la riqueza.... ¡Gracias, señor, gracias! ¡yo arrancaré al mundo el oro para mi madre, la gloria para mí!

.....  
Cuatro años despues, el vendedor ambulante que habia conquistado con su cincel un nombre esclarecido, se instalaba con su madre en una lindísima casa de la Carrera de San Gerónimo, la misma donde por primera vez habia contemplado con tanto afan la estátua de Guttemberg. Su traje era elegante sin afectacion, sus modales finos, y en

su frente, curtida en otro tiempo por el sol, brillaba el esplendente rayo de la gloria, realzado por la celeste aureola de que Dios circunda siempre las de los buenos hijos.

En un gran sillón de brazos veíase cómodamente recostada á una pobre anciana, que se acercaba al ocaso de su vida con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

El vendedor ambulante habia visto realizadas todas sus esperanzas, arrancando á la entusiasmada sociedad: «El oro para su madre, la gloria para él.»

ROBUSTIANA ARMIÑO.

## LITERATURA.

Con el mayor placer insertamos la siguiente bellísima poesía, última producción que compuso el Sr. de la Puerta Vizcaino, antes de la horrible desgracia que le acaeció en la Granja, y que tanto deploran sus amigos y los verdaderos amantes de las letras.

### LA MENDIGA.

Yo soy un ave sin nido,  
Soy una planta sin sombra,  
Soy un arroyo sin agua,  
Soy una flor sin aroma.

¡Por caridad!  
Una limosnita hermanos,  
Que Dios se lo pagará.

Los rayos del sol ardiente  
La piel de mi rostro abrasan,  
Y las nieves del invierno  
Azotan mis carnes flacas.

¡Por caridad!  
Una limosnita hermanos,  
Que Dios se lo pagará.

Hambre tengo y tengo sed,  
Y agua no tengo ni pan,  
Y de fatiga estoy muerta  
Y no puedo descansar.

¡Por caridad!  
Una limosnita hermanos,  
Que Dios se lo pagará.

Solo la tierra me brinda  
De noche su duro lecho,  
Y me cubren con su manto  
Las estrellitas del cielo.

¡Por caridad!  
Una limosnita hermanos,  
Que Dios se lo pagará.

Dos fuentes hay en mis ojos  
Que no se agotan jamás,  
Y sus aguas son amargas  
Como las aguas del mar.

¡Por caridad!  
Una limosnita hermanos,  
Que Dios se lo pagará.

No niegues al que mendiga  
Aquello que á tí te sobre,  
Porque las sobras del rico  
Son el lujo de los pobres.

¡Por caridad!  
Una limosnita hermanos,  
Que Dios se lo pagará.

Si harto estás y lecho tienes,  
No me niegues lecho y pan,  
Que Dios te dá para tí  
Y para que puedas dar.

¡Por caridad!  
Una limosnita hermanos,  
Que Dios se lo pagará.

JUAN DE LA PUERTA VIZCAINO.

### LOS DOS HERMANOS.

(CONCLUSION.)

V.

*Las fiestas de la corte.*

Jamás un espectáculo semejante al que vieron Hortensia y Raul se habia presentado á sus ojos. Cuando alejados de la multitud pudieron visitar aquel palacio fastuoso quedaron encantados.

El Rey habia partido por la mañana á Chantilly con algunos de sus huéspedes á proporcionarles el placer de una partida de caza, y los dos hermanos aprovecharon este mo-

mento para satisfacer su ardiente curiosidad, admirando tantas maravillas.

Ellos, que poseían un corazón de artista, encontraron bellísimos aquellos espléndidos aposentos, á los cuales se subía por escaleras adornadas con esculturas monumentales y mármoles preciosos, que parecían contruidos por una raza superior á la nuestra.

Recorrieron también los preciosos jardines, donde había calles que se perdían de vista, cubiertas con un ramaje impenetrable á los rayos del sol; y admiraron los estanques, las fuentes, aquellos juegos de aguas, entre los cuales se bañaban en medio de ninfas y tritones, Venus y Diana, Neptuno y Apolo.

Con igual admiración contemplaron la gruta profunda y espumosa, que solo puede haberlas semejantes en las orillas del Océano, y después de visitar todas estas preciosidades, Hortensia y Raul no pudieron menos de sonreírse viendo pasear en los jardines y en los aposentos á los cortesanos empolvados y engalanados que formaban la corte de Luis XIV. Se preguntaban entre sí qué relación podía existir entre ellos, al parecer tan pequeños, con todas aquellas cosas tan grandes y majestuosas, hechas para servir de marco á la imponente figura de Luis XIV, uno de los mas grandes hombres y de los mas fuertes capitanes que han ilustrado su reinado.

Tales fueron las reflexiones que cambiaron Hortensia y Raul en el primer momento de su admiración, por las bellezas de primer orden que encerraba Versailles. El sentimiento de lo bello, que vivía en ellos tan puro, les hizo descubrir alguna falta de armonía entre el palacio y sus habitantes; un poco mas tarde, en medio de la animación de las fiestas, esta impresión se borró completamente de su ánimo.

Cuando el Rey volvió, empezaron las sorpresas, experimentando cada día un nuevo placer inesperado. Justas, náuticas, torneos, carreras, paseos á caballo ó en carruaje, ocupaban las mañanas; comidas espléndidas, juegos, conversación, conciertos, bailes, comedias, alternaban en las diversiones de las tardes y de la noche.

Las damas rivalizaban en lujo, viéndose solamente trajes de raso, crespon, gasa, terciopelo, y aderezos de esmeraldas, granates, záfiro, amatistas, topacios y diamantes.

En el ambiente de aquellos salones perfumados, se aspiraban los aromas delicados del jazmín, la violeta, el azahar, y otros mil suaves perfumes, exhalados de los maravillosos ramilletes artísticamente formados, que cada mañana se ofrecían de parte de S. M. á las innumerables bellezas reunidas por él en tan encantado recinto.

Solo se oían nombres ilustres, entre los cuales resonaban con frecuencia los Montmorency, los Villars, los Richelieu, los Duras, y otros muchos que sería enojoso enumerar.

Ante esta brillante asamblea fué conducida la jóven Hortensia para hacerse admirar, primero en el arpa, y después en el canto, luciendo su privilegiada y hermosa voz.

Tal placer experimentó el Rey escuchándola, que la hizo repetir dos veces algunos trozos que le encantaron. En seguida cantó algunas árias de óperas nuevas, arrebatando á su auditorio.

En esta noche y en las que siguieron, la jóven artista se

mostró superior por su talento á todos cuantos la rodeaban. El entusiasmo que inspiró elevó su génio, viéndosela crecerse por momentos, venciendo todas las dificultades con asombrosa facilidad.

La gloria de Hortensia alcanzó también á su hermano, acudiendo á cumplimentarle muchas de las personas que estaban allí, y encargándole cuadros y retratos, por tener el placer de adornar sus salones con obras suyas.

A pesar de la satisfacción que sentían y de las ventajas que les resultaba de tan alta sociedad, estaban ansiosos por dejarla; á todas estas ovaciones y á las maravillas que se deslizaban ante sus ojos, preferían un rincón en el antiguo palacio de su noble amiga de su generosa protectora.

Hacia un calor excesivo, y la víspera del día en que debían dejar á Versailles, dispuso el Rey un baile de trajes para aquella noche, debiendo tener lugar al aire libre, y no en los salones donde se habían efectuado los otros.

El delicioso bosquecillo llamado *El baño de Diana*, fué elegido por Luis XIV para recibir á su ilustre sociedad; así fué que la pálida y casta Diosa vió por primera vez en su derredor una corte de risas, juegos y locuras, que de todo esto había en los disfraces preparados. Cuando dieron las siete, es decir, á la caída de la tarde, se dirigieron al lugar designado, formando un delicioso grupo que, visto desde lejos, se asemejaba á una canastilla de fuego.

Debajo de la graciosa bóveda formada por los arcos de mármol blanco que decoran *El baño de Diana*, se lanzaban al aire argentados globos de agua, que caían á poco en fina y trasparente lluvia en las conchas destinadas á recibirla: detrás de esta diáfana nube se distinguía el verde follaje de los árboles.

Para completar el encanto de este delicioso bosquecillo, se veían dispuestos, bajo cada uno de los arcos circulares, grupos de flores las mas bellas y las mas raras, y en el centro de cada uno se balanceaban arañas de cristal de roca, guarnecidas de millares de bugías, cuyas luces, reflejando en las aguas, daban á todos los objetos un tinte fantástico y tornasolado. Aquí las figuras eran dignas del cuadro; cada individuo había recibido un traje á su medida, armonizando con su gusto y fisonomía.

Unos por lucir su alta talla vestían de ricos boyardos, amplios y costosos trajes de los pueblos sometidos al imperio del Renacimiento. Garzotas formadas de piedras preciosas, las mas raras, adornaban sus magníficos turbantes.

Otros lucían el elegante traje de los cortesanos del tiempo del Renacimiento, llevando con infinita gracia la casaca sembrada de óvalos de raso blanco, el manto de corte, bordado de oro, la toquilla con plumas, graciosamente ladeada, y la espada de baile, inofensiva, llevada en la corte de Francisco I.

Las mujeres por su parte no se quedaron atrás en gracia y en buen gusto; llevaban unas el vestido cerrado, que aprisionaban los talles de las damas de la corte de Carlos VII, con amplias y largas faldas, que arrastraban por el suelo. El sombrero de punta de María Stuardo, ó el adorno Fontange, compuesto de cintas del siglo precedente.

Otras llevaban adornos y trajes griegos, viéndose sus bellas cabelleras ondeadas reunirse en el nacimiento del cuello graciosamente enrolladas y torcidas: otras, en fin, pare-

cia que habian pedido al Asia el traje de sus odaliscas, sus pantalones flotantes y sus toquillas de terciopelo, bordadas de rubíes y de diamantes. Todas estaban encantadoras, y todas llamaban la atención del Rey, que se distinguía tanto por su belleza como por su elegancia, llevando en aquella noche el uniforme francés con el cordón azul.

Raul, por consejo de su hermana, llevaba un ligero traje de cazador, y ella misma vestía como las agrestes hijas de Helvecia, encantando á todos por su modesta sencillez.

## VI.

*Luchas del corazón.*

Al día siguiente debía verificarse un concierto, como conclusión de los festejos, y es inútil decir que todos ansiaban con afán oír por última vez á la hermosa Hortensia; pero algunas horas antes de efectuarse, los dos hermanos recibieron una carta del doctor que asistía á la Marquesa, en la cual les daba las noticias más desconsoladoras y alarmantes acerca del estado de su salud y su fin inminente.

Hortensia, no tomando consejos más que de su corazón, solicitó y obtuvo una audiencia del Rey con objeto de suplicarle que la dejase partir en aquel mismo instante.

—Imposible, señora, dijo Luis XIV con aire contrariado. Debeis cantar esta noche, y no es solo la corte la que se promete el placer de oiros; hay otras personas de alto rango interesadas en ello. La Reina de España ha oído hablar de vuestro talento y de vuestra distinción, y quiere teneros á su lado. Mañana parte para Madrid la Princesa de los Ursinos y os llevará consigo, lo mismo que á vuestro hermano: vos sereis la dama favorita de la Reina; Raul ya tiene su nombramiento de pintor de cámara.

Los dos huérfanos experimentaron un vértigo. Aquel brillante é inesperado porvenir les deslumbraba; pero pronto los dulces afectos del alma se sobrepusieron á los movimientos de la ambición. Ambos se miraron y se comprendieron.

Hortensia cayó de rodillas á los pies del Rey.

—Señor, dijo, perdónenos vuestra majestad si no aceptamos una oferta que tanto nos honra. Huérfanos y solos en el mundo, hemos sido acogidos por una bondadosa anciana que nos ha prodigado el cariño de una madre. Su vida se halla en inminente peligro, ¿podemos nosotros abandonarla en tan duro trance y mostrarnos ingratos á sus beneficios? Indignos seríamos del favor de V. M. si obrásemos de este modo.

El Rey frunció el ceño; quizás en la protección que dispensaba á los dos hermanos entraba alguna mira política, quizás quería aumentar con ellos el círculo de las personas adictas suyas, con que habia procurado rodear á su nieto Felipe V y á su esposa Luisa de Saboya.

—¡Cómo! exclamó, y pretendéis sacrificar la gloria y el porvenir á un vano escrúpulo?

—Decid, señor, al deber, á la gratitud y al cariño, replicó modesta, pero enérgicamente Hortensia.

—¿Y vos también opináis así? preguntó el Rey á Raul, deseando atraerle á su partido.

—Yo, señor, respondió el joven, creo que es preciso anteponer el deber á todos los tesoros de la tierra.

El Monarca quedó un instante perplejo: aquellos nobles sentimientos hallaban un eco en su alma noble y generosa.

—Partid, dijo por fin con tono entre alegre y apesadumbrado. Partid, y que os proteja el cielo.

Aquella noche misma, en vez de los acordes de una música deliciosa y embriagadora, recojian los huérfanos con piadosa compasión los ayes dolientes de la enferma á quien velaban; en vez de regios salones iluminados por millares de antorchas, contemplaban el pálido rostro de la que luchaba entre la vida y la muerte, y el sombrío aposento, cuyas tinieblas apenas disipaba la luz de una lámpara oculta entre cristales. Pero habian cumplido su deber, habian cedido á la dulce ley del amor, y se sentían el alma tranquila y casi satisfecha. Es verdad que la Marquesa ignoraba, quizás ignoraría siempre su costoso sacrificio; pero lo sabía Dios y basta.

Por fortuna á la mañana siguiente la anciana se encontró mejor, á lo que sin duda contribuiría la vista de sus amados protegidos.

Ella, que no habia tenido la dicha de ser madre, se figuraba serlo al ver á Raul sentado á sus pies y leyendo algún libro agradable, mientras ella acariciaba sus cabellos; y á su querida Hortensia, cuya más seria ocupación parecia ser adivinar sus deseos para realizarlos lo más pronto posible, y que por complacerla dejaba los estudios musicales que la habian valido tantos aplausos, y tocaba con toda la fuerza y alegría de que era capaz los antiguos aires que trasportaban á su anciana amiga á los días de su juventud después de tan largo tiempo pasado en la tristeza.

Toda otra sociedad le cansaba á la Marquesa; interrumpidas sus *soirées* á causa de la estación, no pensaba reanudarlas, porque la fatigaba la gente, y la sola visita que admitía era la del marqués de Hennincourt, su sobrino, que aunque millonario ya, se acercaba á Mme. Marsan en sus últimos días, porque era su único heredero directo.

Un día que los cuatro se hallaban reunidos en el salón de la Marquesa, donde Mr. de Hennincourt parecia ver con disgusto á los dos hermanos, hubo de manifestar aquel con indirectas su deseo de hablar á solas con la Marquesa; los jóvenes, que comprendieron su deseo, pidieron permiso para ir á decir una palabra al jardinero, relativa al arreglo de un parterre.

Cuando la tía y el sobrino quedaron solos, éste, que habia resuelto sondear el terreno con respecto á la herencia, le preguntó, pareciendo admirar el bello retrato pintado por Largilliere.

—¿Me permitireis, querida tía, preguntaros si habeis dispuesto ya en favor de alguno este hermoso retrato?

—Encuentro la pregunta algo impertinente, articuló la anciana señora con una especie de ironía. ¿En favor de quién podría yo haber dispuesto?

—Señora... yo no sé... os lo he preguntado porque me pareció haber notado que ese Mr. Raul, vuestro protegido, bajo pretexto de sus conocimientos en el arte, desearía poseerle.

—Ni Mr. de Berghem ni su hermana han manifestado jamás semejante deseo, á pesar de verme persuadida de su afecto sin límites y de su reconocimiento, y de conocer el estremado cariño que les profeso, pues al protegerlos, me he hecho á mí misma mas dichosa cien veces que á ellos. Esos dos nobles jóvenes me aman, y mi solo afecto es lo que desean. Yo bien veo que vos no solo no los amais, sino que los acusais de falta de delicadeza y de codicia.

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono tan seco, que hicieron reflexionar á Mr. de Hennicourt.

—¿Quién habla de codicia? exclamó con aire ofendido... eso no lo he dicho yo...

—¡ Ah! ¿ Y no sería una falta de caridad imperdonable, dijo la Marquesa irritada, venir á preguntarme á mí, pobre vieja al borde del sepulcro, quién ha de poseer un objeto cualquiera que sea, despues de mi muerte?

El Marqués se mordió los labios, habló de otra cosa, y salió del salon con aire pensativo, cuando los jóvenes entraron, llevando para su protectora las mas bellas flores del jardin.

—¿Sabeis lo que queria mi sobrino? dijo Mme. Marsan, que parecia muy conmovida. Su deseo era que le prometiese ese retrato mio que hizo en mi juventud Largilliere. Él pensó, segun me ha dicho, que vos me habríais hecho ya igual demanda, y que yo os le habria prometido.

El hermano y la hermana se miraron con profundo asombro; despues miraron con ternura á su bienhechora.

—Aunque ese retrato es una obra maestra, dijo Raul, si yo fuera dueño de elegir, no sería ese el que llevase, sino el otro.

—¡ Amor propio de artista! dijo la Marquesa.

—Eso es muy natural, dijo Raul sin reflexionar; no es porque sea obra mia, sino porque os representa á nuestros ojos tal y conforme os conocimos, tal como os amamos, mientras el otro... ¡ Ah!... si vos dejáseis la eleccion á un artista que no os hubiese conocido, la eleccion no sería dudosa, pues se dejaria guiar por el valor artístico... pero yo... (y Raul se volvió hácia el retrato que habia hecho el año último con el traje que llevaba habitualmente la anciana señora); pero yo prefiero este.

Los labios de la Marquesa murmuraron algunas palabras que no se oyeron; despues estrechó la mano de la pobre Hortensia, que sufría visiblemente con esta conversacion.

—Y tú, hija mia, dijo tuteándola por la primera vez, ¿qué elegirías entre tantas cosas como puedo ofrecerte?

—Lo que mas deseo ya lo tengo, respondió á media voz la hermana de Raul. Y en cuanto á lo demás, Raul conoce mi corazon como yo misma, y ha elegido por los dos.

—Esto no es responder, dijo la Marquesa. Yo quiero que acepteis alguna cosa mia; esos pequeños regalos sirven de entretenimiento á la amistad.

—La mia no tiene necesidad de eso; pero si vos lo queréis, voy á proponeros un cambio, dijo Hortensia, quitándose del dedo un magnífico anillo de brillantes que le habia regalado el Rey cuando las fiestas de Versailles. Vos amais todo lo que procede de S. M. Luis XIV, que habeis tenido sobre vuestras rodillas cuando era niño, y yo amo todo

lo que proviene de vos; dadme, pues, el anillo que llevais, y tomad este; será recuerdo por recuerdo.

—Pero tú no puedes hacer eso: ese anillo es un regalo régio; es una prenda satisfactoria, una prueba de tu talento.

—Y éste, dijo Hortensia con voz tierna, es una prueba de vuestro afecto.

Y hablando así Hortensia, efectuaba con la Marquesa, que la dejaba hacer el alegre cambio.

Dos años pasaron todavía. La Marquesa, demasiado débil para levantarse, no dejaba el lecho hacia algunos meses. Un dia quiso que la llevaran en su gran sillón de ruedas cerca de la ventana, y allí espiró dulcemente en brazos de sus jóvenes amigos, que recibieron arrodillados, y cubriendo de besos sus heladas manos, su última bendicion.

## VII.

### El testamento.

Algunos dias despues de la muerte de Mme. Marsan, el Marqués de Hennicourt y los dos jóvenes artistas, fueron mandados llamar por el notario encargado de abrir el testamento.

La lectura debia hacerse en el salon mismo de la Marquesa, donde se hallaban reunidos.

—Conforme con las órdenes de la difunta, dijo el notario, debo proceder, ante todo, á la disposicion de dos legados particulares, entre los cuales, el Sr. Marqués en su calidad de pariente, tiene el derecho de eleccion.

En el uno, y el notario designaba con la mano todas las cosas que iba enumerando y que estaban separadas del resto y colocadas en una esquina del salon,—en el uno la Marquesa ha querido que se coloquen el buró de palo rosa, en el cual escribia, su costurero con la tapicería sin concluir, sus tijeras, sus gafas, su dedal, su tabaquera, su gran sillón de ruedas, sin olvidar la banqueta en que ponía los piés, y el retrato de ella, hecho por Mr. de Berghem.

El segundo legado contiene los diamantes, la bajilla de plata, los caballos, los coches y el retrato pintado por Largilliere.

Ahora, elegid, Sr. Marqués, pues os repito que la difunta lo dejó ordenado así, mandando que se entregue á Mr. Berghem y á su hermana el que vos rehuseis. Elegid, pues, y firmad aquí vuestra aceptacion.

—¡ Mi eleccion está hecha! exclamó el Marqués en tono de triunfante júbilo, firmando vivamente.

—A la señorita,—continuó él en tono chocarrero,—las gafas, la tapicería empezada, el dedal y el sillón de ruedas. A Mr. de Berghem, el retrato que hizo de mi tia, que será en su taller una muestra de su talento.

—Gracias, señor, dijo con sencillez el joven pintor; nos dais lo que hubiéramos elegido; y su mano buscó la de Hortensia, que le respondió con una mirada elocuente y con una sonrisa llena de lágrimas.

—Entonces, replicó el notario, solo me resta haceros conocer diferentes legados que Mme. Marsan deja á los pobres y á sus criados, y á una antigua amiga que vive en provincia, á la cual daba una pension que debe continuár-

sele. El resto de su fortuna debe ser entregado á su heredero universal.

—¿Y quién es? preguntó el Marqués con un tono que anunciaba estar plenamente persuadido de que lo era él mismo, y que lo preguntaba por pura fórmula. ¿Quién? decidnos su nombre, añadió estirándose los puños y haciendo desaparecer con un soplo algunos granos de tabaco que habian caido sobre los encajes. Tengo curiosidad por saber quién poseerá sus fincas, sus castillos, y este magnífico palacio.

—Todo esto pertenece á la señorita y al señor, dijo el notario, saludando á Hortensia y á Raul. El dinero, las fincas, los castillos, y este palacio con todo cuanto contiene, debe ser agregado, segun la voluntad de la testadora, á las gafas, á la tabaquera, al dedal, á la tapicería empezada, y al sillón de ruedas.

El Marqués saltó sobre su asiento.

Los dos hermanos se miraron con asombro.

—El resto, añadió el notario con glacial indiferencia, es lo que habeis elegido.

—¡ Ah!... ¡ podía yo adivinar!...

Mr. de Hernnecourt no acabó; pero despues de haberse dado una palmada en la frente, exclamó:

—¡ Esto ha sido una infamia!... una perfidia indigna.

—Vos sois ya rico por vos mismo, y además lo habeis elegido así, dijo el notario.

El Marqués no respondió, porque no habia ni aun oido lo que le dijo.

Hortensia ignoraba aquella disposicion, y su único pensamiento se consagraba á la que debia vivir en su memoria eternamente. Así fué que, con sorpresa y lágrimas en los ojos, escuchó las disposiciones, en cuyo cumplimiento el notario les iba haciendo entrega de todas aquellas riquezas que habian debido á su generosidad y á sus virtudes. (*Traduccion libre del francés.*)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

FIN.

## MODAS.

### *Explicacion del Figurin, núm. 865.*

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE PARA VISITAS.—*Vestido* de seda, color Bismark, adornado de bieses de igual color y encajes negros.

*Falda* doble, la primera larga y adornada al canto por un ancho tableado de la misma tela, y dos bieses estrechos de raso á la pegadura: la segunda falda lleva otros dos bieses de raso, y va levantada á cada costado por otro biés que baja desde el talle, quedando oculto bajo la aldeta del cuerpo.

*Cuerpo* alto y liso, con aldeta unida al cinturon, que forma pico por delante y por detrás, montando la parte de atrás sobre la de delante en la costura del costado, y siendo además mucho mas larga la parte posterior: ancho encaje negro colocado al canto de la de adelante, iguala el largo de ambas, y otro mas estrecho orilla todo el resto de la aldeta, se repite en el cuerpo por delante en el escote y hombro; y bieses de raso van además colocados sobre el encaje, guardando su misma forma. *Manga* abierta en la sangría con bullones de tul, y bieses en todo su largo y bocamanga.

*Sombrero fanchon* de tul bullonado, adornado al borde por un terciopelito rosa entre dos puntillas blancas, bajando ellas mismas á formar las bridas: gran lazo encima de encaje blanco con terciopelo rosa, el cual sujeta una gran pluma y una camelia igual á la que prende las bridas.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE CALLE.—*Falda corta* de seda gris, cortada á grandes picos, que figuran paños orillados de biés de la misma tela que sube entre cada pico hasta la cintura: otros bieses forman cruzados en el centro de cada pico, sujetos con clavos de azabache.

*Falda interior* de lana azul, adornada asimismo de bieses azules y clavos negros.

*Paletot Luis XIII* de forma recta en paño gris, redondo de atrás y en punta por delante figurando chaleco: los de-

lanteros se prolongan sobre el chaleco, colocando en ellos el bolsillo: cintas de seda labradas orillan todo el paletot en dos carreras, con botones ó clavos en el centro y en el hombro, mangas y bolsillos; forma el galon dibujos de cuadros entrelazados. Dos carreras de botones adornan por delante el chaleco.

*Sombrero Wateau* de tafetan blanco bullonado, y forma baja y redonda, forrado en su parte interior de terciopelo azul igual á las cintas que le sujetan, y son de terciopelo tambien: grupos de rosas al lado.

Place sin duda alguna ver en las manos de las jovencillas labores delicadas que atestiguen su aplicacion y su buen gusto; pero place mucho mas á las personas de buen juicio, verlas ocupadas en trabajos que, sin ser de lucimiento, reportan incalculables beneficios al bienestar de las familias.

Esta consideracion nos ha movido á acceder á los ruegos de muchísimas suscriptoras, dando hoy, en vez del grabado de labores que acompaña á este número, una de las plantillas para cortar vestidos y prendas de todas clases, que tanta aceptacion obtuvieron en los años anteriores.

Hemos aprovechado para esto la estancia en la córte de D. Santiago Ortega, cuyas privilegiadas varas de medir quedan de venta en esta Administracion, al precio de 30 reales una.

La plantilla que ofrecemos á nuestras suscriptoras, representa un traje completo de niño, ajustado, para mayor claridad, al sistema Ortega y á la cinta métrica.

Deseando que nuestra publicacion reuna lo útil á lo agradable, como debe suceder en toda publicacion seria, y cuyo objeto principal es de ser beneficiosa para la generalidad, no hemos titubeado en hacer esta pequeña innovacion, aunque nos sea mucho mas costosa, seguros de que nos lo han de agradecer en alto grado las hacendosas madres de familia, á las cuales consagramos hace ya muchos años nuestras asíduas tareas.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.





*Jules David*  
*Lamoureux imp. r. Laccépède. 38, Paris*

*Ad. Goubaud Ed. Paris*

865

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

*Coiffures de la M<sup>me</sup> Noailles et C<sup>ie</sup> Delacroix Succ<sup>r</sup> de la Bourse, 4 - Modes de M<sup>me</sup> Morison r de la Michodière, 6.*  
*Rubans et Passementerie A la Ville de Lyon Ch<sup>ie</sup> d'Antin 6 - Sous-jupe acier Bandelier et Roche Rue Montmartre, 133.*  
*Parfums de la M<sup>me</sup> Violet Claye Succ<sup>r</sup> pour<sup>ts</sup> de S. M. l'Impératrice r S<sup>t</sup> Denis 317.*

Entered at Stationer's Hall.

LONDON, F. Weldon, 22, Tavistock Street Covent Garden, W.C.

MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Peña

